

caso del incesto legal de los faraones—, se convertía en la tierra donde se depositaba la semilla que garantizaba la continuidad dinástica. La posesión de esta llave de la vida levantó mucho más que el determinismo matriarcal, económico, la posición de la Mujer en la sociedad, en la sociedad protohistórica:

Pero, además, la Mujer podía ponerse en contacto con la Divinidad, con lo ignoto, lo desconocido en su forma y en su esencia. Como sacerdotisa, con dos serpientes en la mano, la encontramos en Creta, y como Sybilla en las tradiciones griegas más antiguas, procedentes del tiempo anterior, o como Virgen del Sol, depositaria de la pureza, entre los peruanos, incaicos. La Mujer sacerdotisa, intérprete de la voluntad divina, marca también otra cumbre suprema dentro de la sociedad protohistórica.

Por debajo de esta consideración social de la Mujer, a la que no se cerraba la posibilidad —si bien limitada a unas cuantas, selectas— de llegar a lo más alto de la estructura, se halla toda la realidad de la Mujer, que ya entonces se negará, por su especial condición de madre sobre todo, a lo que sea esfuerzo físico violento, tanto en el trabajo como en la guerra. No habrá mujeres guerreros —pese al mito de las Amazonas—, ni tampoco canteras, mineras, acarreadoras de grandes piedras a las construcciones... Todo eso queda para el Hombre.

Pero la Mujer va a tener una función doble, desde entonces, dentro de la visión autárquica de la sociedad protohistórica, que es la de ser la «esposa» y también la «industria». Por lo primero, reducido ya a las

formas familias estables de la monogamia y del sedentarismo; es decir, de la constitución de una *Familia* que vive en una *Casa*, ha de cuidar de infinidad de detalles de ellas. Preparará la comida del marido —labrador, o guerrero, o comerciante, o funcionario—, arreglará las yacijas donde duermen, limpiará a los críos..., etc. Todo lo que hace o debe hacer una madre o un ama de casa. Pero, además, será el complemento industrial de la vida protohistórica, ya que en sus manos preferentemente, aunque en ocasiones le acompañe el Hombre, están la confección de los cacharros, el tejido de las telas, el cosido de los trajes, la elaboración de los calzados. Y también el arreglo de los granos de las cosechas, la fabricación de las conservas, la elaboración, cotidiana o semanal, del pan...

Este cuadro de trabajo, frente a las posibilidades jerárquicas, nos dan la imagen completa de lo que fué la Mujer en el tiempo protohistórico. ¿Sometida a trabajos civiles? ¿Dominada por el Hombre, guerrero y jefe? ¿Revancha de la sociedad masculina contra los tiempos matriarcales? Ninguna de estas cosas. Se trata de una división simple de misiones en la vida, sin negar la posibilidad de altas jerarquías, división en la que a los dos sexos se les exigen esfuerzos corporales, pues el trabajo siempre precisa del músculo, pero se reserva al Hombre el violento de la guerra o la mina. No hay dominación, ni humillación, equiparación simple y llana. Quizá se inicia entonces la larga historia por la cual la Mujer se va haciendo objeto de lujo y placeres, comenzando también entonces la servidumbre de la Mujer.